

HOMBRE DE AMÉRICA

25

NOVIEMBRE

1 9 4 4

SUMARIO:

El testamento político de Wendell Wilkie.

Retorna la esperanza.

La ley de educación común argentina, por Eduardo Wilde.

Internación en Santiago, por Dardo Curoc.

La liberación de París, por A. Díaz Uribe.

Argentina en América, por A. Capit.

Paz y Reconstrucción Posbélica, por A. R. Fabiani.

América española en el mundo de la posguerra, por Rafael H. Hódoro Valle.

París, por A. Vázquez Escalante.

Buenos Aires y el interior del país, por I. Maguid.

Encrucijadas, por Fernando Iturralde Chinel.

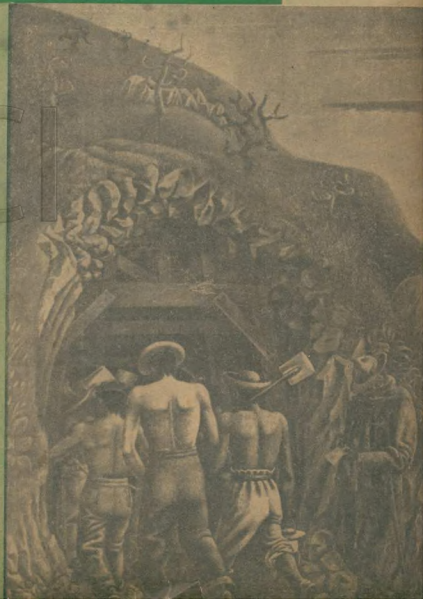
¿Reconstrucción o transformación?, por Alfonso Reyes.

MINEROS

por Antonio Ruiz

30 CENTAVOS

60 dólares en el exterior



El Testamento
Político De
Wendell Wilkie

[illegible]

De los trabajadores entre los pueblos, cuyo desarrollo normal reside precisamente en una estrecha colaboración económica. Y ningún pueblo del mundo, por poderoso que sea, puede sustraerse a esa colaboración con los demás.

Desde luego, pone un énfasis especial en señalar la necesidad de practicar una política de respeto y colaboración con los pueblos de Oriente, principalmente con la inmensa y laboriosa China, por cuyo hercúleo y sacrificado pueblo expresa una cálida admiración. No deja de observar sin embargo que un imperialismo nacionalista, potencialmente agresivo, se incubía en dichos pueblos, Rusia Imperial y la India, entre otros.

no se detiene a criticar al régimen. Como político resalta, llega a la conclusión de que los Estados Unidos, al igual que el resto de las naciones, tienen una gran responsabilidad con Rusia, durante y después de la guerra. De lo contrario, la paz futura padecerá de poca duración.

El autor se dedica a describir un capítulo importante que llama "imperialismo doméstico" en los Estados Unidos, refiriéndose a los negativos discriminaciones raciales que se manifiestan en la vida política. Señala que los negros constituyen el grupo más elemental al que realmente existe un innato odio racista, que constituye una flagrante contradicción con la filosofía que se profesa. El autor denuncia el horror del país. Todo ello es consecuencia de un estrecho nacionalismo que se contenta en cualquier parte donde se manifiesta y que se opone a cualquier intento de un verdadero establecimiento de un orden mundial basado en la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

Wicks, que es doctorado posterior del mismo autor, se dedica a "liberal de empresa", un capítulo que supone ciertamente la más grave y urgente problema de las diferencias de clases y de los capitalistas injustos que se oponen a la libertad.

dominio social. Tampoco se refiere, ni necesariamente, a cuestiones tan graves como la probable desocupación, o masa que amenaza a los países industriales después de la desmovilización. Este silencio significativo fluye a la torada limitación de juicio que afecta a cada uno más franco y voliente observador capitalista. Pero con descontando esa limitación, que no es imputable a Wittke como persona, sino que se debe a su posición política social, queda claramente establecido que su libro es un valioso aporte a la consideración de una porción de los más apremiantes problemas que se manifiestan actualmente sobre el plano mundial.

A. D. U.

Es perfectamente
lido—que tal cosa o
salvar la vida a cual
tar al nazifascismo o

Pero hay otro
grado. Es el que se
una vez que el juego
rosos problemas que
plano secundario, per
su gravedad.

Se puede justifi
cedo, con la soya a
los haciles que corre
la soya y salir de te

contrarrestar la acción
esa preocupación por
contrario aquellos pri
fatal que hubiera p
Exactamente idé
mayor peligro está si
cismo es definitivo. L
los batidos.

Permanecen en l
provocaron la actual

...cto que debe interesar, en mayor
...el estado en que nos hallaremos
...y nos encontramos frente a nume-
...sido postergados y relegados a un
...e en ese momento readquirirán toda

...los bacilos y procurar eliminarlos; en el primer plano, porque en caso contrario más tarde el mismo desenlace ocurrirá a la hora.

...es lo que ocurre a los pueblos. El mundo es eliminado. El colapso del nazifascismo ha sido sacada. Pero han quedado...

...cia y actividad todas las fuerzas que...

...tienda. Todos los elementos de des-

¿que tanto nos repugna cuando la es a un falangista?

Uno de las más fétidas organizaciones abiertamente con los regimenes fuscistas, que se ha asegurado ya la impunidad de todas sus maquinaciones, sino que ha ocupado para presionar y extender su influencia.

Conviene recordar que los representantes la bendijeron las armas que fueron a ser, por intelectualizados; y a los españoles regimenes de excesivo progreso y libertad.

Y no hace falta enumerar muchos hechos de la memoria. Enemuramos un cistazo de la memoria, y no encontraremos un solo de despótico que no esté completamente los clericales.

Pero el virus más tremendo es el del
Na nas hagamos excesivas ilusiones aco
los regimenes que hicieron de este siste
parecerá su esencia.
Se habla ahora con excesiva insistencia
evolucionadas", "gobiernos fuertes", "

mayores poderes en el Estado", y otras fórmulas de auténtico sentido totalitario. No está derrotado este sistema si el germen que ha despertado fructifica; si lo adoptan bajo distintas denominaciones, disfrazándolo de diversas maneras, quienes hoy lo están combatiendo en los campos de batalla.

Y éste es uno de los males cuyo extirpación se hará más difícil y costoso. Porque está muy arraigado. Porque ha sido indudablemente necesario recurrir, para la lucha armada contra el nazismo, a todos los medios, sin considerar formas legales, ni intereses particulares, ni derechos individuales; ni siquiera, en muchos casos, se lo respetado lo que es fundamental: la personalidad del hombre. Ahora, es difícil volver atrás. Después de extensos ensayos de planificación teniendo de base ciertos continentes; después de las gigantescas hazañas de organización y sincronización de todos los elementos mecánicos y humanos que han intervenido en victoriosas batallas, es muy costoso desprenderse de la convicción de que el mundo difícil y controlado, la jerarquía, la disciplina y obediencia incondicional, etc., no son también los mejores métodos para la organización y vida civil.

Y exactamente eso es lo que se denominó totalitarismo.

¿Qué papel han de desempeñar en América los gobiernos dictatoriales, la mayor parte de los cuales en su política exterior apoyan a las Naciones Unidas y alardean una adhesión a la democracia que constituye en la práctica la mayor ilusión?

Pensamos que el mundo de la posguerra no puede estar asentado sobre bases tan holas.

No puede haber efectiva solidaridad entre pueblos mientras los gobiernos recurran al juego ilícito de hacer una cosa y proferir otra; mientras se escondan ambiciones y recelos; en tanta se respalden en quien consideran más poderoso por conveniencia y no por identificación de propósitos.

Fundamentalmente, esto debe cambiar. Y esto debemos trabajar para que esta transformación se produzca. Que sean los propios pueblos sus futuros.

Un nuevo sentido debe elevar a todos los que dedican sus esfuerzos para que exista más libertad, mayor armonía y se establezcan métodos de estructuración que impidan la repetición de la situación previa a la guerra y el posible estallido de ésta.

Hay que reemplazar todo lo caduco, lo que ha probado ya sus nefastas consecuencias. Luchar tenazmente para que no vuelvan a arrasar. Despertar nuevos energías; crear nuevas posibilidades.

Tenemos en estas tierras una vasta labor a cumplir, pero que los ideales que son más sentidos por toda la humanidad se conviertan en realidad. Y lo conseguiremos si sabemos aprovechar el espíritu que hoy existe en todos los pueblos, si logramos encantar sus inquietudes y esperanzas en acciones concretas, si sacamos partido de las fricciones, la rivalidad y la descomposición parcial que siempre se produce después de acontecimientos de tanta magnitud como los que estamos viviendo, para actuar en forma decidida, por la libertad, por la independencia y por los derechos inalienables de la persona humana.

LA LEY DE

Comenzaré invitando a algunos de los señores diputados que me han precedido en el uso de la palabra, es decir, declarando que mi situación es difícil porque no confío mucho en mis fuerzas para llevar a cabo el propósito que tengo.

Ante un público tan ilustrado como el que forma esta Cámara; después que este público ha sido más informado de los principios de la dirección por la controversia que ha tenido lugar; cuando ha oído la palabra elocuente de tantos oradores. El que viene en seguida encuentra su auditorio preparado, no diré de una manera hostil, pero sí de una manera poco favorable y esperando más de lo que el expositor de sus ideas puede dar.

Vengo aquí como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. La cuestión que se debate afecta dos de estas ramas: la Instrucción Pública y el Culto.

Puede alguien creer que la situación de un ministro del Culto es más difícil todavía que la que a primera vista parece, por una mala concepción de los deberes que se le imponen, según las doctrinas que cada uno alimenta.

Yo voy a declarar que es la que creo de mi deber como ministro de Estado en el departamento del Culto e Instrucción Pública.

Sea ministro de una nación próspera que ha consagrado sus principios en la Carta Fundamental y que tiene una colección de leyes que marcan el camino a todos sus poderes públicos, a todas las ramas de su administración.

No creo que el ministro del Culto de una nación como la nuestra esté obligado a proponer la fe a la fe, a ser su apóstol, ni de enseñar una religión, ni de proteger un culto en detrimento de otros, ni de extenderse en materias religiosas más allá de lo que las leyes y la Constitución le permiten extenderse, ni de restringir aquello que la Constitución y las leyes de restringen.

La supresión de la enseñanza religiosa por los ministros—quiero que se marque bien esto: no digo la enseñanza por los sacerdotes, sino por los ministros—que es lo único que sostienen los que quieren las escuelas neutras o independientes, o como quiera que se llamen, puede dividirse para ser extendido por partes; la que se refiere a los sacerdotes y la que se refiere a los institutores.

Debe decirse: ¿del profesor común para todos los alumnos queda suprimida la enseñanza religiosa, y el profesor no debería pertenecer a una comunidad dada?

Respecto a la primera parte, señor presidente, la discusión está casi agotada. No se debe hacer división en las escuelas; no se debe separar el niño protestante del católico; no se debe, ni aun teniendo facilidad por el local, hacer distinciones, porque desde luego contamos las renclas y las divergencias en las escuelas; para continuar en la calle, para introducir en el seno de las familias, para salir de nuevo de las familias a la calle, no llevados por los niños, sino por los padres,

EL CULTO Y LA INSTRUCCIÓN EN ARGENTINA

Por EDUARDO WILDE

o por mayores de edad, concluyéndose por sembrar las divisiones imborrables en los pueblos.

Es preciso que los niños no tengan pretextos de enseñanzas con designaciones especiales.

Es una tendencia propia de todo ser racional la de infundir a otros las creencias propias.

Si el maestro es fanático, preferiré a los niños de su religión: señalará y perseguirá a los que no sean de su comunión.

Este es un peligro apuntado ya en diversas sesiones de esta Cámara.

Como ha dicho el señor dignado por la capital, no es cierto que un atento cuidado pueda evitar estas designaciones. No es cierto tampoco que esté garantida la libertad de los padres con la enseñanza de una religión determinada en una escuela a los niños cuyos padres profesen esa religión, puesto que es imposible sustraer al niño a la atmósfera de la escuela, o impedir que sobre él la influencia del medio en que se desarrolla.

Por lo que hace a la otra parte, tengo para mí como evidente, que a los maestros no se le debe exigir creencia determinada, porque esta sería forzarlos a aceptar, por las necesidades de la ley, la creencia que adoptaran las autoridades encargadas de la dirección de las escuelas, el dogma o la doctrina que se hubiera determinado enseñar en ellas.

Se los exigiera estar afiliados a una religión, por ejemplo, a la católica; se les exigiría, como se ha dicho en las discusiones en Francia, que fueran católicos. Y no sólo esto: sino que fueran buenos católicos, y aun más: que fueran malos católicos, que concipieran bajo el dogma, que estuvieran bien penetrados del espíritu de la doctrina, porque así conseguir, no se podrían insinuar en el espíritu de los jóvenes alumnos.

Si se pretendiera buscar maestros que tuvieran, a más de la competencia en religión, las otras calidades que harían necesarios el programa, sería muy difícil encontrar maestros idóneos. Tal exigencia sería inconveniente y contraria, además, a los preceptos de nuestra Constitución.

Todos los habitantes de la Nación tienen el derecho de aspirar a los empleos, y completa libertad de enseñar y aprender. Siendo éstas, pues, disposiciones terminantes de nuestra ley fundamental, ¿cómo vendrían por un artículo de la ley de educación a imponer mayores deberes, mayores condiciones, para concederlos a un puñado de los individuos a quienes la Constitución establece la enseñanza inicial.

En estos memorables debates intervinieron oradores de gran talento como Goyena, Achával Rodríguez, Gallo (D.), Denariu, Avelleda, Del Valle, Pico, Lezaján y otros.

Fué en tales circunstancias que el doctor Eduardo Wilde, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, pronunció en la Cámara de Diputados, en la sesión celebrada el 13 de julio de 1883, un importante discurso del que sacamos los fragmentos que publicamos en estas páginas.

dechará apes un más comidantes que su ideadidad, para preder todos los empoes públicos?

Se loen, como vemos al encasar este punto, des clases de dificultades: las constitucionales que ya he apuntado, y las administrativas, puntuadas por la escasez de institutores con las condiciones requeridas.

Otra gran dificultad administrativa sería la de investigar la competencia de los maestros. Para ello se tendría que someterlos a un examen, al cual deberían concurrir los representantes de la Iglesia, puesto que el profesor tendría que enseñar la doctrina católica; y nadie estaría habilitado para dar un certificado de competencia en esas materias, sino los eclesiásticos.

De ahí resultaría también, que en el programa de las escuelas normales debería figurar la enseñanza de la religión, para formar maestros capaces de transmitir a los alumnos.

Y ¿no sabe, señor presidente, hasta dónde irán estas exigencias?

Ya se ha visto lo que sucedió en Francia, y no puede haberse olvidado lo que acaba de pasar entre nosotros con motivo de los pases dados por el ministro a mi cargo para hacer venir maestras normales de Norte América. Eas exigencias han salido a la luz pública; y mencione el hecho por ser público; pero si todo hubiera pasado en el dominio privado de las funciones administrativas, no habría sido yo quien se encargara de publicarlo, trayéndolo a esta Cámara.

Se puede calcular hasta dónde van estas exigencias, una vez consignada en la ley la obligación de enseñar religión en las escuelas, cuando se tiene por antecedente el hecho que menciono, en el cual aparece la autoridad eclesiástica interviniendo, sin derecho alguno, en asuntos completamente extraños a su autoridad.

Las escuelas normales están bajo la jurisdicción del ministro de Instrucción Pública; y el pueblo de la República ha visto cómo se ha condenado lo que ya es una tradición entre nosotros, señor presidente: el haber procurado buscar, para las escuelas normales, maestras en Estados Unidos,—condenación que se ha hecho bajo la suposición de que estas maestras podían ser protestantes.

Confiné a la Cámara que asejante idea no había pasado por mi imaginación. Había querido dar al país de maestras normales, simplemente; maestras capaces de formar profesores. No había pensado en que fueran católicas o no católicas.

La nota del señor arzobispo me trajo por primera vez a la memoria ese fin del asunto como materia de opinión.

Es claro que garantizando la Constitución el derecho de enseñar y aprender, la pretensión de que no puedan ser maestros sino los católicos, es inconstitucional, y nulo el derecho del arzobispo para mezclarse en un acto del Poder Ejecutivo llevado a cabo con perfecto derecho.

Se puede calcular también hasta dónde irían las exigencias, si se piensa en lo que pasa en algunos establecimientos, entre nosotros.

La experiencia ha demostrado, señor presidente, que las exigencias de que hablo convierten a los maestros en víctimas.

En Francia, bajo el imperio de la ley de 1880, que establecía la enseñanza religiosa en las escuelas, por medio de circulares se dieron disposiciones en virtud de las cuales se impuso a los varones de las escuelas normales, los siguientes deberes: oír misa, rezar el rosario, ganar indulgencias y confesarse antes de los exámenes, para atravesar la gracia de Dios y salir bien en ellos.

En cuanto a las niñas, se les hacía firmar un documento en estos términos: "A cada hora del día haré un corto ruego

7

Cuando estas líneas sean publicadas, se habrán extinguido ya los ecos de la jubilosa celebración con que los pueblos de todo el mundo acogieron la electrificante noticia de la liberación de París, liberación alcanzada por el heroico "sacrificio" suplementario de la propia mano popular nazi que, sin esperar la llegada de los ejércitos aliados, sin conocer los planes tácticos de sus estados mayores, se lanzó a la calle, levantó las clásicas barricadas de la libertad, empleó las armas que pudo obtener a través de la lucha subterránea de resistencia, para expulsar al odiado invasor nazi, cuya estúpida y cruel soberbia le había hecho menospreciar su ese pueblo, tan poco regimientable, tan ferazmente celoso de su independencia.

Decir que el júbilo de la celebración se habrá extinguido, no implica afirmar que ese acontecimiento se halla "fuera de actualidad". Aquello no fué un hecho de simple actualidad. No se parece en nada a esos "acontecimientos" creados por decretos, sino más significación que la efímera de una publicidad oficial, tan burocrata como ridícula. La liberación de París por su pueblo constituye un episodio de historia contemporánea, la expresión simbólica de un pronunciado cambio de rumbo en la sucesión de hechos que configura el drama revolucionario de la segunda guerra mundial.

Su efecto inmediato ha sido el de hacer renacer la fe en la libertad, la confianza en la acción renovadora del pueblo. De ahí la irrrelloradora corriente de entusiasmo que hizo vibrar la emoción y millición de hombres y mujeres en todo el mundo y particularmente en nuestro continente. La masa percibió intuitivamente la señal de recuperación, de desquite. La nostalgia de las libertades arrebatadas, el ansia de la nueva libertad a conquistar, dieron el tono y la significación esencial a las celebraciones espontáneas que se realizaron en todas partes. Y los dictadores que pretendieron sofocar el sincero júbilo popular, mediante actos de represión totalitaria, saben también a que atenerse sobre la trole del sentimiento popular, en las masas desbordadas, durante las jornadas del 25 y 26 de agosto.

Por otra parte, la liberación de París señala el comienzo de un nuevo período en ese grandioso drama de la guerra y reconstrucción, pléticos de posibilidades, pero también de amenazas. El momento del triunfo definitivo y seguro de la libertad, se halla aún lejano. Muchas y creativas batallas aún quedan libradas, en la lucha de obstáculos habrá de ser superados por el pueblo, antes de que comience la verdadera y pacífica reconstrucción. Cada nueva victoria sobre el totalitarismo plantea nuevos problemas y peligros insuperables por la mayoría. Pero así y todo es mucho lo que se ha adelantado. Es de trascendental importancia poder iniciar este período, este nueva gesta, bajo el signo victorioso de un pueblo que ha insurgido y ha librado su capital, con el propio sacrificio. Sobre todo, cuando esa capital es París, no sólo la capital de Francia, sino también la capital del pensamiento libre y de las revoluciones populares...

Para comprender mejor el momento presente, recordemos la situación que imperaba en el mundo, hace apenas cuatro años. Entonces la caída de París y la capitulación de Francia —la Francia de los inválidos del intelecto, de la pluriactividad, de los políticos decadenes, de los chovinistas traidores— pareció sellar la muerte definitiva de los ideales de libertad y la instauración del "nuevo orden", basado en el mito de la superioridad racial de los germanos y en un sistema social militarmente jerárquico.

Detrás de las divisiones acorazadas de Hitler, que todo lo

arrazaban en su fulminante avance, venían los equipos dirigidos de la dominación política, los técnicos de la propaganda y de la corrupción totalitaria, los educadores que debían formar una nueva conciencia de sometimiento en los pueblos vencidos, para hacer con ellos una inmensa comunidad de esclavos, girando en la órbita del ferrocarril aéreo. Tal era el ideal de la nueva Europa "regenerada", que se proponían realizar los agentes y colaboradores del hitlerismo. Aberración incalculable, si se considera que también aquí, en tierras de América, lejos de las hordas acorazadas de Hitler,

hubo y hay quienes pugnan por imponer a sus conciudadanos tal sistema político.

Así como la victoria militar del ejército hitleriano pareciera imponer un hecho incontestable, que también el triunfo político e ideológico del nazismo. Junto con los capataces del ejército, estaban los capataces de la política, de la economía, de la cultura. La llamada alta sociedad francesa, los 300 familias privilegiadas, los altos funcionarios, los grandes industriales, los mercaderes de la letra y de la moneda, todo cuanto constituyó la parte reaccionaria y podrida de Francia, recibió alborozado al invasor nazi y se apresó a colaborar con él con cinclen complacencia, con entusiasmo provocativo, con la agresividad responsable de quienes creen poder satisfacer impunemente, bajo la protección del "consentimiento popular", sus propias venganzas políticas y sociales. Quiézales también sus venganzas personales.

Para esa gente reaccionaria y mope, el triunfo de Hitler era sólo una, buena oportunidad para liquidar la república laica y para arreglar cuentas con esos arrogantes obreros franceses, que pretendían trabajar paces y ganar pluriactivos, que en junio de 1940 llegaron a ocupar fábricas y se permitieron dictar condiciones y discutir los privilegios de la elite financiera e industrial. De igual modo, los aristócratas de 1789 se habían indignado por la pretensión de los plebeyos de intervenir en la cosa pública y de limitar las prerrogativas feudales. Y si entonces se acordó, al momento de no vacilar, en evacuar la invasión de su patria por ejércitos extranjeros, para ahogar en sangre la revolución y la república naciente, estos reaccionarios de ahora no venían ningún inconveniente en colaborar con los nuevos invasores a fin de extirpar las ideas subversivas y de dar el definitivo golpe de gracia a la república. El colaboracionismo ha sido indudablemente el símbolo de traición nacional, pero también ha sido venganza de clase, expansión del odio reaccionario, cruel y destructivo en todas partes. Sólo así se explica que los más fervientes nacionalistas se ligan causa común con el "enemigo tradicional", en contra de los propios conciudadanos.

Recordemos cómo esa miserable casta de traidores pretendió justificarse aún, echando la responsabilidad de la derrota sobre el pueblo, sobre los trabajadores, sobre los movimientos de izquierda política y social. Todo se debía, en última instancia, a que el obrero francés disfrutaba de un alto nivel de vida, trabajaba pocas horas diarias y se negaba a engañar hijos para la patria. La culpa era de los sindicatos, de los partidos, de la democracia, del liberalismo en las costumbres. Por eso el nuevo Estado francés de Pétain, bajo el lema "trabajo, familia, patria", debía significar la reconstrucción de todo, es decir, la Alemania nazi, había de convertir a los trabajadores en verdaderos esclavos del Estado, en proletarios, de acuerdo con el sentido etimológico de la palabra.

Sin embargo, aun entonces, cuando el triunfo de la barbarie totalitaria parecía incontestable y definitivo, cuando la

oposición y la resistencia parecía empresa de locos o suicidas; aun entonces, desafiando el terror terrorífico de la Gestapo y de los mercenarios de Laval, nació, se afirmó y extendió por toda Francia, un vasto movimiento milenario de resistencia, de defensa, de hostigamiento incansable al invasor. Lo constituyeron, como siempre, hombres del pueblo. Obreros, empleados, campesinos, estudiantes, pequeños burgueses y funcionarios, intelectuales honestos, hombres y mujeres que, reaccionando contra la complacencia y el indiferentismo de que muchos de ellos se sentían culpables, se lanzaron de lleno

lora su libertad y su dignidad más que una miserable existencia vegetativa.

Decimos más arriba que la lucha no ha terminado y que las fuerzas del pueblo deberán superar muchos y grandes obstáculos, antes de considerar auténtica y segura su libertad. No se trata sólo de vencer a los nazis y de aniquilar su nefasto régimen. Habrá de impedir que la reconstrucción de Europa se haga en beneficio de los privilegios de clase y de los grandes intereses imperialistas. Habrá que evitar la restauración de los sistemas fracasados, expresión política de las clases y de las castas caídas, las mayores culpables de la tragedia que vive el mundo. Habrá de establecer un verdadero orden nuevo en la convivencia humana, basado en un aprovechamiento racional y una justa distribución de las riquezas sociales, eliminando una de las fuentes permanentes de lucha y rivalidad entre los diversos grupos étnicos y nacionales.

DE PARÍS

a la lucha significadora, silenciosa, implacable, llena de peligros y de resultados inciertos. Mientras los personajes encumbrados, los ilustres académicos, teorizaban y se lamentaban sobre la decadencia moral del pueblo francés, ese pueblo se reivindicaba insurgiendo contra la esclavitud que se le pretendía imponer, reviviendo en actos de sublime heroísmo, las gestas más gloriosas de su historia. Era nuevamente el pueblo del 89 y del 93, del 48 y del 71.

La liberación de París tiene su especial significación precisamente porque ella fué debida en gran parte a ese grandioso movimiento popular, levantado para resistir al invasor, para mantenerse en pie de lucha hasta conquistar la verdadera libertad, inseparable de la justicia social y la equidad distributiva.

Se dirá que ese movimiento hubiera sido incapaz de expulsar a los nazis, sin la intervención de los ejércitos aliados de izquierda. Eso es objetivamente indiscutible. Pero, conviene señalar un hecho de gran trascendencia moral, generalmente subestimado. Cuando comenzó el movimiento popular de resistencia —prácticamente al día siguiente de la capitulación oficial— los hombres y mujeres empeñados en la tremenda lucha, no tenían, no podían tener ninguna garantía sobre el apoyo de ese "productivo" "masa" liberadora. Muchos aún, podían haber sido fácilmente olvidados. Sin embargo, no vacilaron y se lanzaron de lleno a la lucha. Y si, por otra parte, los ejércitos aliados contribuyeron a rescatar a Francia, no es menos cierto que sin la tenaz y sacrificada acción del pueblo francés, en el sabotaje a la máquina de guerra alemana y en la lucha abierta de los maquis, en la resistencia general y a todo trance, el triunfo militar aliado hubiera sido dudoso y, en todo caso, mucho más difícil y más cruel.

El hecho es que el pueblo entero de Francia se ha movido para expulsar al invasor nazi y para hacer actos de "nuevos orden" de esclavitud y vergüenza que se le quito imponer. Los ideólogos del colaboracionismo no habían previsto la potencialidad militar de sus adversarios. Por eso jugaron al "caballo perdido". Tampoco previeron esa vitalidad moral de su pueblo, al que suponían hundido y confundido en la misma abyección moral en que ellos vivían. En el mismo error han incurrido los reaccionarios de todo el mundo, que especulan sobre la decadencia de la libertad y la insipidez de los pueblos de luchar por ella. En ese sentido, el magnífico ejemplo que han dado los combatientes de la resistencia en toda Europa es altamente aleccionador y confortante para nosotros. Nos dice, sencillamente, que millones de hombres y mujeres van

Todo eso comporta una tarea enorme, que ni la cumplirán ciertamente los ejércitos victoriosos, ni tampoco los estadistas y diplomáticos que se apresan, de un modo inquietante, a repetir los viejos errores e injusticias propios de toda dominación imperialista. Si la liberación de los pueblos sotrogrados ha de ser un hecho y no una frase vacía, si la humanidad, eliminando una de las fuentes permanentes de lucha y rivalidad entre los diversos grupos étnicos y nacionales.

De cualquier modo, es evidente que las perspectivas actuales, sobre un plano mundial, son mucho más alentadoras y promisorias que las existentes hace cuatro años o hace un año más. La tremenda resistencia popular que se está haciendo, así como la ideología ha hecho que exista un modo estrepitoso y los valores de la libertad "se cotizan nuevamente" aún en los medios moderados y acomodaticios. El resurgimiento de los pueblos en Europa es un hecho indudable y la repercusión del mismo en tierras de América, es algo que puede advertirse. La nueva democracia que se está haciendo constituye precisamente esa explosión de júbilo popular que lanzó a la caía a millones de hombres y mujeres en todas las grandes y pequeñas ciudades del continente. Esa multitudinosa imponente no han salido sólo para festejar la liberación de París, sino para afirmar su adhesión a los ideales de libertad en todos los países y su voluntad de reconquistarla frente a todas las dictaduras, más o menos francas o encubiertas.

Esperamos que en un futuro próximo, este vasto anhelo popular se manifieste en una serie de acciones concretas y fundamentales que una simple exteriorización de júbilo colectivo. La prueba histórica ha sido hecha y es válida para todo el mundo, para este mundo nuestro que cada vez se concentra y empuje hacia ante los asombrosos avances de la técnica. Esa prueba demuestra irrefutablemente la naturaleza viva y de desarrollo de las luchas mas populares, que se basan en los valores permanentes de la libertad y de la dignidad humana. He ahí, creemos, lo suficiente, como para impulsar incluso a los titos y a los escépticos en la fe creadora en el porvenir de la humanidad.

RENACIMIENTO DE LA FE EN LA LIBERTAD

En momentos en que intereses contrarios a la unidad americana fomentan un estado de tensión y animosidad entre los restantes países del continente y la Argentina, vamos a abordar el complejo tema de la posición que, a nuestro juicio, corresponde a esta nación dentro del conjunto heterogéneo —a pesar de los mejores deseos de que constituya una unidad perfecta— que es América.

No hemos de referirnos en este trabajo a las cuestiones circunstanciales y de valor transitorio, que exaltan en un momento determinadas de la opinión pública y a las que acontecimientos posteriores desplazan a un plano secundario. En primer término porque es difícil expresarse con respecto de ellas con absoluta libertad e independencia, y luego porque nos parece más importante considerar, aunque sea en líneas generales, dentro de los reducidos límites de un artículo, el problema fundamental del papel que puede y ha de desempeñar la Argentina en el orden continental.

Partimos de la base de que muchas de las situaciones presentes han de ser superadas y gran parte de los equívocos difundidos internacionalmente serán aclarados. Alientamos además la firme esperanza de que en un futuro no lejano no sean exclusivamente las candlerías las que determinen y ensayen las corrientes de fraternidad o animosidad entre naciones, sin permitir que los sentimientos de los pueblos se manifiesten por medio de sus múltiples órganos de expresión.

Pasado este período, se comprenderá perfectamente que la opinión pública argentina no solamente no es pronazi, sino que en forma terminante es adversa a los totalitarismos y a todo régimen de opresión.

Y si llegará a convertirse en una opinión pública que la Argentina no puede estar aislada del resto del continente, porque la interrelación con los demás pueblos le es vital; así como América no puede prescindir de la Argentina, porque sin su integración dejaría de ser plenamente América.

NECESIDAD DE LA PARTICIPACION ARGENTINA

De ninguna manera quisiéramos que la expresión anterior se interpretara como una subestimación de la capacidad de resistencia de las demás naciones frente a la hegemonía creciente en este hemisferio de las fuerzas imperialistas que están agazapadas detrás de todo el aparato de lucha contra el nazismo; predominio que se ejerce ahora con motivo de la guerra y que luego se acentuará de acuerdo con los planes de la reconstrucción posbélica. Pero debe reconocerse que en el futuro todo movimiento de auténtica unidad americana, asentado sobre bases de igualdad y libertad, que produzca beneficio recíproco, deberá tener en su seno, como una de sus puntales, a la Argentina. E incluso para una acción defensiva contra cualquier intento de subyugación que se quiera imponer sobre todas estas naciones, es indispensable la participación de la Argentina.

NINGUN PREJUICIO ANTE LA BUENA VECHIDAD

Esta posición nuestra no implica desconfianza ni prejuicio acerca de la sinceridad de la política de buena vecindad.

Juzgamos los hechos con sentido de realidad, y no podemos dejar de advertir que fuerzas muy poderosas se sobreponen en los mismos Estados Unidos a los esfuerzos en favor de una verdadera política de fraternidad americana, que anhelamos y apoyamos fervientemente.

mente. Comprobamos que una cosa son las intenciones —acorda de cuya buena fe no se duda— de un núcleo de hombres que tiene exacta visión de lo que ocurrirá en el futuro, en caso de reincidir en los métodos de coacción económica y política sobre las naciones con menores recursos; y otra cosa, muy opuesta, son los intereses de las grandes organizaciones industriales, financieras y comerciales, quienes tienen el propósito de resarcirse, mediante próximas operaciones, de todo lo que hubieron de ceder para el esfuerzo de guerra.

Claramente un solo ejemplo es suficiente. El actual vicepresidente de los Estados Unidos, Wallace, es una de las personas que causaron mejor impresión en estos países, habiendo contribuido a crear un clima de mayor confianza hacia la buena vecindad. No obstante, hemos visto recientemente cómo su partido perdió la eliminatoria de la candidatura para las próximas elecciones, por sus ideas excesivamente liberales y avanzadas...

APORTE DE ELEMENTOS MORALES Y MATERIALES

Por encima de todas las circunstancias lamentables que han colocado a la Argentina en la poco grata situación de aparecer sustentando una posición que este pueblo de ningún modo comparte, tenemos la certeza de que tiene una importante misión a cumplir en los próximos acontecimientos, y que ha de realizarla por medio de las condiciones favorables y los elementos materiales y morales necesarios para ello.

La influencia y gravitación de la Argentina sobre toda la América de habla española es indiscutida. Están fundamentadas en motivos profundos y en hechos históricos que no pueden ser desoídos ni anulados por sucesos de valor transitorio. Desde la época de las luchas por la independencia, los sentimientos de libertad y de fraternidad, profundamente arraigados en este pueblo, han trascendido las fronteras nacionales.

Como cosa natural, las demás naciones del continente han esperado muchas veces que la iniciativa, el impulso, la materialización de aspiraciones ideales aun no realizadas, partieran de la Argentina. Tiene el país un prestigio bien ganado en este sentido.

Y lo que es más digno de ser destacado: ninguna nación del continente ha podido ser independiente de la Argentina. Por lo contrario, cada vez que ésta se ha apartado de esa línea de conducta, cuando regímenes de opresión tiranizaran internamente al propio pueblo y atentaban contra la independencia, la libertad y fraternidad hacia las demás naciones de América, éstas no fueron forzosamente arrastradas por el mal sendero. Y no nos referimos sólo a la época de Rosas.

Gracias a esta circunstancia, los hombres que han representado verdaderamente el espíritu y la opinión del pueblo argentino, han podido actuar desde otras regiones de América, en el afán de contribuir a la extirpación de los factores que destruyeron a su autogobierno y retrasaban la trayectoria que debía cumplir.

ANTICIPO DE UN PROCESO QUE SE REPRODUCE EN BREVE PLAZO EN TODO EL CONTINENTE

Existen razones poderosas para que la Argentina posea una característica propia y distinta a otras naciones del hemisferio.

Por las viejas rutas del Atlántico llegaron a estas tierras —probablemente con antelación y en mayor pro-

porcionalidad con respecto a los demás países—, desde otros continentes y sobre todo desde Europa, corrientes de ideas, hombres de estudio y de trabajo, empresas de explotación comercial e industrial.

El desplazamiento de los centros económicos, demográficos y culturales del interior hacia el río de la Plata, uno de los mayores resultados de la nueva estructuración nacional que se ha ido creando con el extraordinario aporte del exterior, ha extendido sus efectos hacia vastas regiones transfronterizas.

Y la Argentina ha sido durante mucho tiempo el puente ideal entre Europa y América, convirtiéndose en la nación más cosmopolita; absorbiendo e integrándose con elementos provenientes del extranjero.

Buenos Aires, nuestra desmesurada capital, es una deslumbradora síntesis de la profunda lucha interior en la que no se ha obtenido un equilibrio, y consecuencia directa del hecho de haberse colocado frente al Atlántico, dando las espaldas al propio país, a las vastas regiones protegidas por los Andes, a las rutas que los atraviesan para llegar al Pacífico; dando las espaldas, involuntaria e irreflexivamente, a América.

Es esta una situación que encierra un tremendo problema interno de este país y que va siendo superada a través de enormes esfuerzos por eliminar la injusticia que implica y las absurdas bases sobre las que está asentada.

Pero es, sin duda, una característica singular en América. Y, también, una de las razones por las cuales el aporte de la Argentina puede ser muy valioso para todo el continente.

Puede éste por lo tanto ofrecer un anticipo —surto de su propio sufrimiento y de sus dolorosas experiencias— de un proceso que tendrá que reproducirse en las demás regiones: la armonización de lo nacional, de lo autóctono, con lo universal; la adaptación a las nuevas condiciones creadas por el desarrollo prodigioso de la técnica moderna; la selección precisa de lo que es aprovechable de otros continentes y pueda contribuir a hacer más próspera y feliz la vida de estos pueblos.

En muchos países de América se han presentado ejemplos de lo que *no debe hacerse*, si no se quiere incurrir en los mismos males que nos afectan, cuando los cuales se está luchando y para cuya extirpación sería necesario destruir estas naciones.

Pero el mismo hecho de que exista esa reacción en el propio país, significa que tal contribución puede ser doblemente importante. El papel de la Argentina no se puede comparar, por consecuencia, a la función de un asistente que refleja hacia el exterior la luz de su propio astro mayor, en este caso Europa. Puede afirmarse que, habiendo recibido mayor caudal de sus rayos, irrada conjuntamente luz y calor propios.

UN INDICE: LA INDUSTRIA EDITORIAL ARGENTINA

Como demostración de la enorme influencia que en el orden cultural tiene este país sobre todos los de habla española, citaremos solamente el hecho del incremento, difícil de precisar, de la producción de los guioneros, de la industria editorial. En 1942 se exportaron más de diez millones de volúmenes y esta cifra ha ido en constante aumento. Hay naciones, como el Perú, en las cuales el 80 por ciento de la importación de libros corresponde a la Argentina.

No será necesario destacar la extraordinaria importancia que este hecho reviste. No se trata, natural-

mente, de una producción homogénea ni destinada a fines especiales, como la propaganda, tan costosa, de las naciones beligerantes. Pero el vínculo que crean entre los escritores de este país y los lectores de toda América, la afinidad que establecen, el mayor conocimiento que promueven, gravitarán eficazmente sobre el espíritu de aquellos hombres.

Y en el caso de que una acción continental, de defensa o de carácter constructivo, requiera una verdadera movilización de conciencias, los vehículos de expansión cultural pueden ser de gran utilidad.

PUNTA PARA TODA ACCION ANTIMPERIALISTA

Insistimos en que la Argentina constituye el mejor punto de apoyo para toda resistencia antimperialista. Y es éste un problema que no tardará en presentarse en términos de dura realidad, cuando no puedan alegarse más los temas de la propaganda bélica y se entre de lleno a la lucha por la conquista y supeditación de mercados, por la adquisición de las materias primas y la explotación máxima en todos los aspectos.

Dirigentes de amplios sectores de opinión se han pliegado incondicionalmente a la política de las naciones unidas, sin considerar que, junto con el más eficiente apoyo a todo lo que contribuyera a la extirpación del nazismo, en ningún momento debió agregarse el abandono de la lucha contra las fuerzas plutocráticas que actúan desde las naciones aliadas.

Eliminado el mal mayor, el nazifascismo, ocupará el primer lugar, entre todos los que deben combatirse, el que fué aceptado y apoyado como mal menor: el imperialismo.

Ahora mismo se están planteando en distintos países de América, incluso entre los que en su política exterior se declaran más adictos a los Estados Unidos e Inglaterra, graves problemas entre las empresas que tienen monopolios de explotación y los que en ellas trabajan. En cierto modo las mismas consideraciones sentimentales —que no debieran utilizarse para oprimir a nuestros pueblos— de la liberación de la humanidad —sirven para postergar muchas situaciones de violencia; pero será esencial que tales problemas se planteen y resuelvan con un criterio estrictamente ajustado a las necesidades y anhelos de los hombres de estas tierras.

Señalemos de paso que estas inquietudes y recelos han sido los que más han contribuido a que en algunas conferencias panamericanas se comprobara la posibilidad de que se creara una resistencia que creara un fuerte bloque de resistencia a la casi incontestable fuerza de las fuerzas plutocráticas estadounidenses. Factores diversos, que no podemos considerar ahora, influyen para que la posición argentina no aparezca tampoco suficientemente clara y provocara a su vez recelos. Pero lo importante es que, junto con una Argentina en la que las clases oligárquicas no dirijan la política exterior por encima de la opinión de su pueblo, aquellas posibilidades subsisten.

SON IMPULSORES AJAI CIERTAS FRACCIONES QUE PUGNAN POR UN IMPERIALISMO DE LA ARGENTINA

Sabemos también —y creemos convenientemente decirlo— que hay en este país quienes pretenden tergiversar estos sentimientos, profundamente arraigados en la población, para intentar la constitución de un bloque austral de naciones, que tendría como principio, obje-

tivo oponerse a los Estados Unidos y en el cual la Argentina desempeñaría un papel rector.

Podemos afirmar que tales pretensiones —que encierran una distinta modalidad de imperialismo— no tienen el menor ambiente en nuestro país y que sólo son expuestas por minorías francamente repudiadas por nuestro pueblo.

No se trata, por supuesto, de combatir un imperialismo oponiéndole otro. De la misma manera que no puede hablarse, como se hace en muchas naciones americanas, de libertad, igualdad o democracia, en tanto internamente esos conceptos permanecen en el terreno de las abstracciones o de las aspiraciones ideales.

Por otra parte, en ningún momento el problema debe plantearse como oposición a los Estados Unidos, sino contra el imperialismo, de ese país o de cualquier otro extracontinental; contra quienes manejan las finanzas y las industrias, y son los mayores explotadores de sus propios pueblos.

INFLUENCIA DE AMÉRICA SOBRE LA ARGENTINA

Reconocemos sinceramente, en este análisis que estamos haciendo de nuestras posibilidades de actuación en el conjunto de pueblos de América, que en la Argentina, y especialmente en Buenos Aires, existe cierta inensimilabilidad con respecto del resto del continente y sus problemas fundamentales.

Somos los primeros en repudiar la fraseología hueca que pregona ideales americanistas sin sentirlos ni practicarlos.

Hemos explicado con anterioridad las causas que a nuestro juicio determinan esta ausencia de verdadera compenetración con las cuestiones que son de vital importancia para toda América. No es de extrañar este hecho, si consideramos que Buenos Aires mismo permanece indiferente ante angustiosos problemas del interior del país y cuyo planteamiento en la capital en muchos casos parece extraño, hasta exótico.

Es en este sentido que expresamos al comienzo nuestra convicción de que también para la Argentina, la influencia del resto de América es indispensable.

Una mayor vinculación con los demás pueblos hermanos reportará grandes beneficios a la Argentina. La apertura de rutas a través de la cordillera, la salida natural y lógica hacia el Océano Pacífico, establecerán una interinfluencia de vastas repercusiones en la vida de estos pueblos. Al mismo tiempo promoverán una rectificación fundamental de la presente estructura económica, tan centralizada y orientada casi exclusivamente para el comercio de exportación.

No nos engañamos con respecto a lo que realmente es Buenos Aires en relación con todo el país: un potente reflector que proyecta luz a gran distancia, pero que tiene sumida en la oscuridad a toda la zona que circunda su punto de ubicación.

Y lo que deseamos es que esa luz contribuya a iluminar el camino que debemos recorrer juntos, sabiendo que nosotros también necesitamos de la luz exterior.

Diremos, finalmente, que los conceptos que hemos expuesto no deben interpretarse como consecuencia de una sobreestimación fundamentada en motivos afectivos. Creemos reflejar el sentimiento y la opinión de grandes núcleos de opinión; conocemos nuestro país y sobre todo a su pueblo; tenemos una visión de sus infinitas posibilidades colaborando y marchando unido a todas las naciones hermanas.

Debe ser tarea inmediata trabajar con fervor y entusiasmo para que exista una mayor comprensión y conocimiento acerca de lo que auténticamente representa la Argentina.

Y consideramos que los demás pueblos deben ayudar a ésta para que pueda cumplir la parte que le corresponde en la labor común.

A. CUPIT

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL organizada por HOMBRE DE AMERICA

1° — ¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?

a) En el orden político: ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Ea el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobresmente dotados?

b) En el orden económico: ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — ¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?

3° — ¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?

A. R. Jabiani

Periodista francés, director del semanario "La France Nouvelle", órgano de los franceses libres en América latina.

Las generaciones europeas actuales dejarán una terrible herencia de miserias, ruinas y odios. Sus mismos excesos han creado un "clima" revolucionario que favorecerá profundas transformaciones.

¿Cuáles deben ser las características principales de la reconstrucción posbélica?

1) Resulta vano, si, considerar actualmente, en Europa, la modificación de la actual división en naciones.

La existencia de las naciones, en su forma presente, es consolidada por los propios crímenes de las mismas.

La guerra ha revelado, además, la insuficiente madurez política de ciertos pueblos. Este desequilibrio torna ilusoria toda tentativa de unión en un futuro cercano.

El federalismo, que tropieza con las mismas dificultades, no conduce, en las actuales circunstancias, más que a coaliciones de Estados. Y éstas tienen resultados que conocemos demasiado.

¿Quiere decir esto que oscurecerá la tarea para los hombres de buena voluntad?

No.

La primera empresa de los pueblos lo suficientemente evolucionados consistirá en aprovechar el "clima" revolucionario de Europa para avanzar, políticamente, su propia mayoría de edad.

No se podrá hablar de unión más que entre naciones cuyos pueblos sean verdaderamente soberanos.

2) Las fallas de los llamados Estados democráticos son harto conocidas. Su defecto principal es de no ser más que aparentemente democráticos. De esta apariencia resulta que se achaca a la masa la responsabilidad de actos de la incumbencia de una sola clase.

La concentración de los capitales sólo a esta clase un poderío dominador. Ella controla todos los resortes del Estado. Por su fiscalización de la prensa pone en la opinión de sus propios adversarios.

Por estos medios, agregados a la dependencia material de los individuos, esa clase hizo del sufragio universal una costura de consulta popular.

No hay democracia auténtica bajo régimen capitalista. Obvio resulta ahora una conclusión.

Las fallas de los llamados regímenes democráticos que conducen a una política internacional de un "pragmatismo" de corta visión desaparecerán en la misma medida en que los pueblos vayan acercándose a su verdadera soberanía.

3) ¿Cómo impedir que los naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

Por ahora, sólo es razonable contar con las rivalidades de ciertos sectores capitalistas y la habilidad que desplegarán los hombres de Estado para utilizarlos.

Por nada impide tampoco contar con la comprensión y la creciente fuerza de los pueblos de esas naciones poderosas.

Es característico de la época que ya nadie se atreva a defender abiertamente los actuales privilegios de la propiedad capitalista.

Se ha creado toda una terminología nueva para condenar los "abusos" de la clase poseedora, destacar la necesidad de asegurar a cada cual su derecho a la vida, etc.

Trátase, en una palabra, de regimentar la explotación del hombre por el hombre de manera tal que esa explotación ya no alcance los límites donde nace la rebelión.

No hay duda, pues, de que, en los próximos meses, se oiga hablar mucho de "economía dirigida" o "planificada".

Profeta, y no periodista, habría que ser para decir que mucho tomará Europa.

Como francés, y por ende confiando en ese pueblo de Francia que hizo tantas revoluciones, el autor de estas líneas espera que su país podrá hallar una fórmula que respete los derechos imprescriptibles del individuo, al establecer un régimen económico en el cual la propiedad ya no podrá ser utilizada para la explotación del hombre.

No hay que excluir, por supuesto, la posibilidad de que el curso de los acontecimientos y la influencia de ciertos factores, impongan una fórmula transaccional.

En este caso, no sería extraño que eclosionara una especie

de "socialismo de Estado" que sería al socialismo lo que la caridad es a la simple restitución.

No habrío que contar desde luego, con un régimen de esta clase para acabar con las formas conocidas de opresión o de imperialismo económico.

¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?

3) Los estados de América, y especialmente el más poderoso de ellos que será el acreedor de la mayor parte de los Estados, podrán hacer mucho por la paz y la reconstrucción mundial.

Es de temer que la actual clase dirigente de los Estados Unidos constituya una poderosa fuerza de conservación social. Harto deseable sería que se dispusiera ese temor.

¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?

6) En cuanto a los medios más adecuados para que predomine la voz y la opinión de los pueblos, permitámonos los indicados hace muchos años: "Todos los medios, inclusive los medios legales".

Respuestas Publicadas en los Números Anteriores:

Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Ángel Ossorio y Gallardo, Dr. Andrés Townsend Ezcurrea, Ing. Jacobo Maguid, Dr. Jorge F. Nicolai, Dr. Jovermo Murillo Vacarezza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi, Gerardo Gallegos, Agustín Soucy, Rafael Larco Herrera, H. G. Wells, Ricardo Quijano Flores y A. Díaz Uriarte.

capitales que afluyeron de Europa a varios de nuestros países una vez que terminó la guerra. Esta nos ha permitido el aprestamiento de algunas técnicas industriales y el aprovechamiento de materias primas y de riquezas naturales que estaban en abundancia. Algunos argentinos —uno de ellos, el Ing. Torcuato Di Tella— creen que la industria de su país sufrirá de esta guerra con la conciencia de su mayoría de edad. Pero:

- 1) ¿Hasta dónde va a llegar la ingenuidad del Estado en la economía de cada país una vez que haya pasado la guerra? ¿El liberalismo económico sufrirá transformaciones?
- 2) ¿Hacia la América latina en espíritu de industrialización y hacia obstáculos que impidan su industrialización?

Respecto a la última pregunta, hay síntomas que proceden de la Conferencia Interamericana de Agricultura en que Cuba pidió que los agricultores y ganaderos un papel más activo en la botella de la producción.

Europa no podrá, pasada la guerra, producir de momento los artículos que antes nos enviaba, por tanto estará atendida en la tarea de su reconstrucción; y los Estados Unidos, en su política obsesiva de asegurar productos que nos falta, enviará un superávit de vehículos que buscará mercado en nuestros territorios y que abundantemente, inevitablemente, la transportación. Pero no se disimula el temor de que el dólar tenga en la América latina una capacidad adquisitiva que resulte mayor que la que tanto países de la guerra, y sólo creará una posición más desfavorable para el trabajador hispano-americano en las minas, las plantaciones, las fábricas y los pozos petroleros. (Los terribles sucesos de los Estados Unidos sufrirán modificaciones que favorecen a los sectores primarios de la economía) ¿Será necesario revertir algunas condiciones que algunos países hispano-americanos dieron a empresas que han podido consolidarse hasta el grado de que tienen virtual hegemonía? (Los nuevos capitales internacionales se someterán a las leyes y reglamentos de cada uno de nuestros países o continuará con la técnica que tenían cuando de la política del buen vecino?)

Pero hay algo más: el secretario general de la Cámara de Comercio de Valparaíso, don Fernando Dávila V., ha dicho: "Los sucesos de la vida moderna, lenta o rápidamente, no lo sabemos, involucran por productos que hoy día no sospechamos. Aparte de que en todas las naciones han ido operándose este proceso industrial, tenemos justo a él de los industriales americanos y el de las materias plásticas. Ambas representan verdaderas revoluciones industriales, cuyo fin, desde el principio, y en esencia, una amenaza seria, a veces trágica, sobre los productos naturales. Esta amenaza es especialmente grave para los países monopolizadores, y en especial, para los que se limitan a exportar materias primas. La adquisición de estas industrias o de otras, de una gran variedad de minas nacionales a otros, no puede hacerse sino por medio y a través de grandes agrupaciones de productos y comerciantes, extendidos más allá de sus fronteras y ordenados dentro de vastos movimientos inter-nacionales".

Los problemas de la postguerra en la América latina serán muy complejos y algunos ya se están esbozando. Sabemos, entre otros, el de las deudas por inversiones internacionales y también el de las deudas contraídas en los Estados Unidos, por el sistema de Préstamos y Arrendos, y que ha permitido en algunos de estos países el enriquecimiento de una minoría, utilizando por ejemplo (según es el caso de un país centroamericano) el empleo de civiles norteamericanos para el monopolio del pescado.

Otro problema capital es que cada país de América resuelva sus problemas sin la intervención externa, tal como lo ha presenciado el embajador Brasil en Cuba (22 de septiembre), pero es "too" intervenir en el caso de un electivo, sin lugar a sospechas, dejando libre poco o la colaboración internacional. El tono en que hablaba los presidentes libres de la América latina concuerda con este tema: Pasada la guerra, ¿será efectiva la política del buen vecino? ¿No se repite la política del dólar al director de la Facultad Mexicana de Derecho de México, en un acto público en que hablaba Mr. Bidder, presidente de Justicia de U. S. A., hizo esta pregunta: "¿Se tratará, en realidad, de una era de compensación y de respeto mutuo, o bien, no se tratará de un intento de una hegemonía política que se prolonga por la guerra, sino de una nueva para abrir de nuevo la puerta a un pasado que desaparecerá por completo, sumergido desaparecido y olvidado?" Del político, que han merecido los problemas de los verdaderos hispano-americanos y que justifica la admiración que siente a Franklin D. Roosevelt, está comprendido desde los pri-

P A R R I S

Paris, ciudad del mundo redimida,
a ti llega el clamor multiplicado
de jubilo grito enarbolado
junto a los bordes mismos de tu herida.

Paris de electrizante sacudida,
heroísmo de anónimo soldado,
el unánime pueblo levantado
retrindica el dolor de tu caída.

Ya estás de pie para emprender la lucha,
el corazón del mundo te acompaña
porque late en las letras de tu nombre.

Y de todos los ámbitos se escucha
a ti gallo pollo en la mañana
para que de la noche vuelva el hombre.

A. VÁZQUEZ ESCALANTE

mañana día de la posguerra, y para que no sufra los combates de la política interna de U. S. A., la mejor sería incluir sus postulados en un tratado multilateral interamericano.

Los países que en la América latina desean el desarrollo de sus economías cívicas y espirituales podrán restaurar el régimen de la justicia y de la ley. Y hay que tener presente la afirmación que hace poco hizo el presidente de la American Council on Education, Dr. George Peck, según de los peligros principales que debemos evitar es el mito de que la América latina está habitada por pueblos débiles que anhelamos esperar la energía, la integridad y la dirección y así para hacerlos florecer como si se tratara de una raza. Si es verdad que reconocemos en los Estados Unidos un ejemplo admirable (después el trabajo, sentido de la responsabilidad, orgullo, imaginación al servicio del bienestar humano, tolerancia para todas las ideas y creencias) hay que tener en cuenta que nuestro estilo de vida es diferente. Estamos convencidos de que somos pueblos jóvenes que, en medio de muchas vicisitudes, hemos demostrado nuestro amor al mejoramiento, y sólo quisiera hacer señalar nuestra antecedente historia, especimen que los países que así sufren son la consecuencia de condiciones políticas y económicas contra las cuales hoy que seguir combatimos. Sólo una real, sincera, genuina comprensión de esos antecedentes hará posible la cooperación y la amistad de todos los países de América, de estos Estados que, por múltiples motivos, está llamada a marcar una hora nueva en su historia.

B U E N O S A I R E S Y E L P A I S

Al pretender justificar la desproporción enorme que existe entre Buenos Aires y el resto de nuestro país, muchos hombres de criterio "progresista" han sostenido que también París y Londres sobrepasan al concepto mundial, cuando se menciona a Francia o a Inglaterra.

No hacen sino confundir un hecho artificial con otros reales. Mientas esas u otros grandes capitales del viejo mundo cumplen una función representativa (fuera dentro del conjunto en el que forman parte, ya sea al constituir un centro económico o un centro de cultura, pues responden a un estado de madurez nacional, el caso de Buenos Aires es singularmente absurdo. No tenemos en la Argentina ninguno situación análoga ni la política, ni la económica, ni la cultural.

Tenemos sólo un pasado muy reciente, cuyo único orgullo legítimo es el paso inicial de la independencia. El resto se descompone en gestos heroicos pero fríos, en ideas brillantes pero desvirtuadas. A poco más de un siglo de vida institucional autónoma, debe reconocerse que la única madurez es quizá la obstinación de querer tomar por un camino equivocados: el de la centralización política y económica, que es la causa efectiva de que mostramos al mundo una ciudad capital desproporcionadamente grande, cubriendo la vergüenza de una docena de provincias sumidas en una pobreza ruina en la muerte, o peor, de sus enormes riquezas naturales, y de los llamados "territorios nacionales", verdaderas colonias internas.

Desde los días de la independencia fué delineándose marcadamente la tendencia centralista que había de configurar la vida del país. Buenos Aires, convertida primero por fatalidad geográfica en centro económico, a raíz del desembarcamiento del virrey de la Plata, fué el punto de donde se unió a la vida exterior la vida del Atlántico, se convirtió luego en defensora permanente del poder central, de un virtual unitarismo. Todas las luchas internas desde 1810 llevan el sello de esa tendencia, chocando con las ideas autonomistas de las provincias, en especial las del Norte, que son las más perjudicadas. El triunfo sistemático del centralismo fué matando poco a poco todo vestigio de autonomía en el resto del país, manifestándose tanto en las cosas importantes —la producción y la exportación, en la economía, las decisiones y formas de gobierno, en lo político— como en las cosas pequeñas, las inherentes a la vida misma de pueblos y ciudades. Por más que la Constitución de 1853 codificó los principios federalistas, de esencia liberal, no se detuvo el proceso de la centralización. Con la capitalización de Buenos Aires se creó aliar los conflictos existentes entre las distintas regiones, pero la realidad defraudó esas esperanzas. Creció el poder nacionalizado de las riquezas nacionales, con la formación de una oligarquía dueña de las tierras y las haciendas, es decir, de las riquezas del país.

Se sostuvo muchas veces —y aun hoy se sostiene— que el centralismo es necesario, pues las provincias no tienen capacidad política para administrarse ni potencialidad económica para cimentar su vida autónoma. Ambas afirmaciones han servido para los hechos. Los políticos y los economistas de las cifras estadísticas. Fué en las previsiones desastrosas donde surgieron y lucharon los hombres y las ideas de mayor trascendencia argentina. Sin el auxilio de las otras regiones, fué el Norte quien rechazó nueve invasiones de los más poderosos ejércitos europeos, después que sus hijos hicieron trinar a Belgrano en Tucumán y Salto. Fueron las pro-

vincias las que, en el Congreso de Tucumán en 1816, defendieron e hicieron triunfar la forma republicana de gobierno, frente a la insistencia de los hombres de Buenos Aires por la restauración monárquica. Fueron soldados del interior quienes, en 1820, rechazaron con Pancho Ramírez las tendencias monárquicas surgidas de Buenos Aires por temor a la expedición española del general Buñuel. Fueron las provincias del interior, con la formación de la Liga del Norte, las que en 1840 se levantaron por primera vez contra el tirano de Rosas y sembraron con su sacrificio y su sangre lo semilla que hizo germinar, doce años después, la insurrección de Urquiza, que, con hombres también del interior, derrocó al régimen rosista. En ellas se encuentra siempre una chipsa progresista y liberal, no sin capacidad política, como la demuestra el hecho de que aprendieron de los mismos españoles algo bueno, que marca nuestra primera etapa institucional: el régimen de los cabildos.

Midiendo los factores económicos, una gravitación es importantísima en el desarrollo de nuestra estructura política, se comprueba que las regiones del país han sido aprovechadas en beneficio exclusivo de las dos fuerzas dominantes: la constituida por la naciente oligarquía, y la codicia más influyente del imperio extranjero, inglés y norteamericano por excelencia. Estas dos fuerzas, controlaron siempre la producción nacional. Nuestra condición de país agrícola-ganadero hizo fácil ese control, por las necesidades de la exportación. Todo el sistema de las comunicaciones fué estructurado de manera que sirviera a dichos intereses. Las riquezas de las regiones del interior —principalmente— hacia Buenos Aires, donde se regularon la exportación y la comercialización de los productos. De este modo, tuvieron más importancia los precios del mercado exterior, que las necesidades de las zonas productoras. El "organismo" argentino fué quedando cada día más débil, paralizándose al crecimiento y fortalecimiento de su "cerebro". Si surgiera una posibilidad de aprovechar una riqueza regional, como la del plomo de Jujuy, o el algodón del Chaco, se "regularán" los precios de manera que esa naciente industria conviniere más instalarse en Buenos Aires, en detrimento de la zona de producción. Regiones enteras (la de Cuyo, por ejemplo) están condenadas a la pobreza por la sola razón de que la salida natural de sus riquezas, como lo sería lógicamente hacia el Pacífico, les sirve durante años y años postergado, en defensa del mismo interés centralizador. Si políticamente se apelo al sistema de las intervenciones y las elecciones reguladas, cuando no al encumbramiento directo de los caudillos provinciales que respondían incondicionalmente al gobierno nacional, en malos fines, los "maños" y "alcaños" —con que se haga pagar a las provincias más de 100 millones de pesos por impuestos internos, señalándose por otra parte el hecho de que el 80 % de la renta nacional es absorbida por la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires. Dinero que, aplicado a obras de utilidad pública en las provincias que lo producen, permitirían un fácil desenvolvimiento de las mismas.

Con sólo pensar en las riquezas potenciales existentes en todas las regiones del país, en momentos en que el problema de la industrialización está mercedando estudios especiales de los economistas, queda demostrado que de ser posible una explotación de nuestras riquezas en las provincias, se podría llevarse a la práctica oliendo fundamentalmente las

nomas agniles en materia de transportes, instalación de fábricas y exportación. ¿Seguirá llamándose "provincias pobres" a las que en realidad constituyen las reservas naturales del país? Los temas tomados en este trabajo el problema cardinal de nuestra vida político-económica, con la sola intención de poner de manifiesto que el mismo no es sino la consecuencia del desarrollo histórico argentino, por desgracia ofreciendo equivocadamente. Poderosas fuerzas conspiraron a hacer de un mal comienzo una enfermedad crónica. Preciso es arribar a la conclusión de que en los últimos años no se ha hecho nada efectivo para combatir este mal, aunque sí ponendo algo más en evidencia con la denuncia de sus efectos, consecuencias en el interior del país.

Nada o muy poco se remediará con pollavitos. Es que hemos de engañarnos creyendo que otorgando una licencia para las provincias pobres desaparecerán mágicamente las causas de su desquiciamiento? Nuestra época está llena de ensayos nuevos que en el orden mundial dan el pulso del acuerdo con que el sistema capitalista necesita encontrar soluciones duraderas para allanar las grandes contradicciones que lo caracterizan. Se manejan términos tales como política agrícola, economía dividida, plurinacionalismo, central y orden mundial. El auge del estalinismo nos ha llevado a extremos tales que puede decirse sin exagerar que estamos dentro de un período histórico de transformaciones revolucionarias. No es aventurado afirmar que como resultado de la guerra sobrevendrá una presión mayor del imperialismo en América. Las soluciones a medias quedan claramente clasificadas como estériles, en todos los terrenos, en cualquier país. Debemos convencernos que sólo mediante una profunda revolución, un reajuste institucional a fondo, guiado por un pensamiento liberal y democrático, podremos encontrar una salida al problema argentino. La falta de soluciones verdaderas es la causa real del fracaso de todos los partidos políticos, de muchos años a esta parte. Tratando de solucionar los problemas de fondo, de principios e intereses recíprocamente populares, el vacío que dejan los partidos tampoco han podido llenarlo los hombres "provinciales" por mejores que fueran sus intenciones.

Para que la calidez desproporcionada vuelva a ser tamaño natural, para que el organismo entero adquiera la vitalidad y sea despierte todos sus fuerzas creadoras, hace falta sacar de nuestra historia los motivos del descalabro actual, y tener una visión idealista del destino de libertad hasta hoy idealizada. Entonces, diremos con Lisandro de la Torre, que no hay libertad política sin autonomía de los municipios y las ciudades, y que la organización económica debe ser capaz de atender en primer término las necesidades de los productores, mediante una estructura de tipo federalista verdadero, que constituya la base inmovilizable de una democracia progresista.

I. MAGUID

RENUUEVE SU SUSCRIPCION

Eneruciología

Sentía una extraña laxitud en los miembros, como si fuera a sumirse en un sueño profundo, en tanto que su mente conservaba una vaga lucidez, algunas etapas e imágenes de su vida anterior. Y después su ansiedad se concentró en un nombre de mujer: Amelia, como si ella misma resumiera lo más bello, amable y gentil que a hubiera sido dado vivir a sus miembros.

La energía de su cuerpo, que una vez fuera ágil, elástico y fuerte, parecía después de habérselo sustraído de las arterias, venir y hundirse toda la vitalidad, estar recostada en una diminuta cavidad del cerebro.

Y fue así que antes de sumirse en un letargo en el que sólo imperaría la obsecuante anulación del agua, el sargento Luis afirmó una vez más la resolución que hasta entonces le había nutrido de fuerzas sobrehumanas.

—Si. Ho llegado al final, a menos que llueva esta noche... Sintiendo ahora un tanto reconciliado, pidió para que se apagara la lejana clarivigencia que persistía en su entumecido cerebro. Tenía ya el cuerpo insensible, pero en su mente se sucedían las imágenes mentales siempre con manantiales, chorros y caldos de agua.

Corren de él estaban tres hombres. Era tarde, al cerrar la noche, los había contado. Ellos tres, él, uno más... total: cuatro hombres abandonados en el desierto polvoriento y calcinado por el sol, que se llamaba Chaco... Si, día anterior, salieron del cerco, se fueron su camino a balazos, atropellando a las patrullas que los implaban los viernes y domingos. Fueron dieciocho los hombres, de los que quedaron cuatro. Día a día los cuerpos exánimes habían marcado el derribo de la forzada marcha del grupo de espartanos. Se perdieron una y otra vez. Teñieron y destrozaron los caminos. Ahora sabían que estaban próximos. Tres días más y llegarían a uno de los puestos adelantados de la línea... Pero la sed los había empujado implacablemente a sus anillos. Tres días no se caminan sin agua.

Y allí las pitufas Tumán se tendieron en el suelo, que sus perennias caían. De la tierra se desprendería un fuerte vaho que sofocaba, en olor a tierra, a aire enrarecido. A esos seres humanos acortados por la sed se los había dicho: ¡venían!

Cada vez que el sargento Luis despertaba de su pesada somnolencia, parecía dominar su ansiedad; apretaba fuertemente los puños y se mordía los labios, sin dejar de ellos escapar. El miedo de dejarse dominar por su angustia impotente, lo mantenía en vespugno. El calor en el día había sido de tal modo intenso que los cuatro hombres, que certera, con una alucinada convicción, imaginaron el aliento de esas noches lúgubres. Estas noches, ellos, que estaban en la línea, se habían convertido en pitufas y que habían avizorado el cielo durante interminables meses, descubriendo sus secretos. Desafiaron por eso el calor, y con el dolor semientendido en la cabeza, se abandonaron impotente al aliento de esas noches de fuego que penetraba en los tejidos para, en el espacio de ellas el resto de su cuerpo, al caer la noche, eran brujas esperando el milagro de agua.

Vinieron las sombras, y soportaron al lanceito de los insectos que se ensabanaban perfidamente en la piel desnuda.

—¡Lloverá...! decía, y en la palabra palpaba una esperanza. Pero el sargento Luis poseía un tesoro.

Tendido en el suelo, ajeno a su propio sufrimiento y al de aquellos hombres, había extraído del fondo de su bolsa una botella plana de metal, que contenía agua...

¡Cuántas veces sus manos suaves y nerviosas, de uñas pulidas, con gesto despectivo extraían esa mínima botella de un bote de frascos para vaciar en la copa el líquido prohibido!

Ahora, una botella sencilla, sencilla, sencilla, con la viente, tenía el paraiso, el nirvana soñado del agua, y en esos supuestos instantes, ningún tesoro del mundo habría sido más amado.

Para defender ese poco de agua tenía un revólver cargado con dos balas.

Esperaba que lloviese, acaso más ansiosamente que los otros. Tan sólo la lluvia podía modificar su plan.

¿Para qué iba a caminar trasegando aligeros en la arena polvorienta, si en noche iba a llover? Entonces posicionaría sus fuerzas. Recogerían la arena en las charanadas y podrían cubrir los tres días que los separaban del próximo forto. Hacía ya horas de noche, y ocho horas que no bebían.

El sargento Luis era el único que, con un esfuerzo supremo, podía llegar. Pero el sargento Luis pensaba en otra cosa... Si, a menos que lloviera.

Aquel hombre, cuya respiración propia parecía aspirar todo el aire de la noche, ¿habría alguna vez del espantoso sacrificio que se le exigía, en esos preciosos momentos, y en los últimos días, se había impuesto deliberadamente?

No, seguramente, no. Cuando le alcanzara la botella del metal,

no creería. Estaría demasiado embriagado para darse cuenta precisa de nada. Y cuando viviera, cuando tuviera libertad de escoger líquido y pedchar otro, tomar bajos fríos o calientes, cubrir el cuerpo aterido de frío, con un pesado abrigo, o si tenía calor, optimista, simplemente un botón para que los brazos metálicos de un ventilador corrian el aire, ya no sentiría más la sensación espartana de frío. Estaría de nuevo en la civilización, y Pantes corría hacia, junto a Amelia. Todo esto sería una pesadilla demasiado horrible para pretender revivirla.

No existía esa sofocación en la garganta resaca, el coque constante en los miembros flácidos y el embombamiento en el cerebro. Tan pronto como bebiera, se disiparía la obsesión torturante de la sed.

Pero acaso aquello importaría! Lo único que importaba en estos momentos al sargento Luis, era dominarse, permanecer atento a sus movimientos instintivos. Desahaba que el tiempo transcurriera hasta la hora lucida del amanecer, en la que tendría certeza de que ya no lo llevaría. En la noche lóbrega, sofocante, la esperanza se asemeja a una luz pallida y fría, sobre todo fría. La sensación de mantenerse así, aguantando, se acentúa como una pesada maldición. Introduce las uñas en la tierra y arrastra hasta percibir dolor, como si se quedara los dedos... Pretendía berir la tierra arenosa y los viernes y domingos, los caminos del Altiplano, donde había casas, sacos de labrados, chonas y hogas... Quería decirle a los otros que él también tenía un momento, lo infligía.

Había llegado al final de su tortura, porque una indecisa luz ya disolvía las sombras. Vio unos hombres en posturas diversas. Uno tenía los ojos desahadamente abiertos, ya vidiosos. Allí, junto a Freddy estaba el hombre con la respiración cada vez más rancia... Se lo oía murmurar "Amé... Amelia".

Quéido si en esta noche resista todo el sentido de su sacrificio. Pero tampoco el sargento Luis había por ella. Era mejor dicho, Freddy había, último el día de una larga cadena de otros amigos, que difícilmente se podía explicar. Sin ir más allá, el sargento Luis se había resignado hasta el finiente, se había a la línea. Entiendo... Se arrastró un trazo de los espasmos y vertió en el suelo las pocas gotas que quedaban.

Con premeditación fué mojando los labios del tentine. La incoherencia fué pausada, como si el sargento Luis quisiera como un consuelo y asiendo la botella con fuerza, lanzó de ella un trazo de agua.

Freddy tuvo que arrebatárselo.

—Escucha... sé, ahora, conque me den, pues la lengua gruesa como una bola.

—¡Usted... la palabra se le antojó ríspida; además, tenía no explicarse bien. Te doy esta botella con la brújula te orientarás. Estamos a tres días. Si dominas el deaso lo habrás salvado.

Fue fin el tentine precioso, comprendo.

Freddy tuvo que arrebatárselo.

—Escucha, imbécil... Mi vida ha sido siempre un regalo maravilloso. ¿Qué me da, al Chaco, a morir; como si no me creiera.



ILUSTRACION DE PEDRO OLLMOS

—¡Gracias, muchas gracias. Pero entonces no perdamos tiempo. Vamos.

—¿Está loco? ¿No tiene que ir a la línea? ¿No tiene que ir a la línea? ¿No tiene que ir a la línea?

—¡Y entonces, ¿qué hacer? ¡Había en serio!

—¡Oh! No habíamos más.

—No comprendo. ¿Por qué haces esto? Dime, ¿por qué?

—¡Yo, ¿por qué lo hago? Yo casi lo ignora. Seré porque me da la gana... ¡agradece!

—Pero no puedo ser. Dame un poco de agua.

—Yo trataré de llegar.

—Escucha, imbécil... Mi vida ha sido siempre un regalo maravilloso. ¿Qué me da, al Chaco, a morir; como si no me creiera.

—¡Y él! ¿No preguntó el tentine se adelantando a los soldados.

—Sólo quedamos dos. ¡Agüel...! dijo Freddy, señalando un cuerpo que se desmenuzaba en los últimos estertores... y ya.

Luis Enríquez vesleaba.

—No puedo... es imposible dejarlo... no puedo aceptar... ¡dijo arrastrando la cabeza entre las manos... Es inconcebible.

—Si que lo podría.

—¡Ahora podría... ¡podría decir el espíritu de todas las cosas.

FERNANDO ITURRALDE CHINEI

En uno de los novelescos bolsones jóvenes de más vigorosa personalidad. Se llama "Exposición" la obra de un cierto modo, un género literario, como es una novela que atiende a la psicología de sus personajes, y se interesa en el modo individual de cada uno de ellos, no pretende en cambio de la atención del lector, sino que se interesa en el modo de actuar siempre contrariados con los problemas que determinan sus actitudes, sus pasiones y sus preocupaciones. Así, que un novelista, como un filósofo, se preocupa de la vida humana, no de la realidad bolsonera, y no es un representante de su dramática social, pues es una novela en función de la Bolivia que pugna por construirse cumpliendo con las presiones que se le oponen.

O. C.

¿TRANSFORMACIÓN?

De todos los puntos del horizonte llegan avisos, consejos y proyectos sobre la necesaria reorganización del mundo después del incendio que lo ha destruido en buena parte y que comenzó consumirlo todo. Nadie pone en duda que tengamos el deber de acudir a esta necesidad imperiosa. El día de mañana no debe ser comprendido en el estruendo de funesta impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo. El clásico "laissez-faire" no puede salvarnos. No es legítimo confiar en la inercia de la naturaleza, sino que esta inercia debe ser conducida y aprovechada por nuestra voluntad. No nos enfrentamos aquí con una tarea que puede resolver el tiempo, el tiempo, el tiempo, sino con una tarea que debe ser creación del arte humano, de la conciencia vigilante y despierta. El afán por recomponer el mundo mediante arbitrios políticos pudo ser en otros días la chulinería de aquellos que llamaba Quededo "locos repúblicas". Hoy es un deber apremiante, a menos que nos resignemos a dejar que el mundo se convierta en un revolcón de bestias. Tras el fracaso de los antiguos esquemas —alanzas parciales, balances de poder, etc.—, todos los esquemas antiguos hoy hacen una coordinación supuestal de todas las naciones. Todos lo admiten así en teoría. Pero al acercarnos a la práctica, comienzan las dudas y los reveses.

El latinoamericano medio, por ejemplo, cuando oye hablar de una organización cooperativa del mundo, tiende a imaginarse un Estado monstruo, regido por dos o tres grandes potencias, que desechando características de los países conquistados y resultando imponer sus decisiones en detrimento de los pueblos débiles. Y especialmente, ve aparecer el fantasma del imperialismo yanqui que alargo su sombra sobre América. Tiene que tal organización universal signifique la ruina de las soberanías nacionales. Reacciona ante este plan ambicioso con la desconfianza característica de los Estados Unidos de América. En cambio no parece difícil rodear esta región hipersensible de las soberanías nacio-

automáticamente al pueblo más fuerte. Reconoce que la soberanía es una noción relativa y elástica, pero no considera prudente extender los límites de esta elasticidad. Acepta, en principio, que hay un sentimiento universal de justicia por encima del capricho de los gobiernos soberanos. Acepta también, en el campo puramente concreto, que todo arreglo entre gobiernos, todo tratado internacional, es una atenuación a la soberanía. Sabe de sobra que, si la libertad individual, dentro de cada Estado, sólo puede normalmente desarrollarse mediante un sistema de restricciones mutuas que la hagan posible, lo mismo debe acontecer entre los varios Estados que integran el cuerpo de la humanidad, pero de otro modo no habría barreras a la intrusión y a la conquista. Pero se inclina a preferir que estas nociones se mantengan en su actual vaguedad, por miedo de que una planificación demasiado precisa resulte, voluntaria o involuntariamente, en una aceptación previa de la intrusión y la conquista.

Tales son los términos del dilema. Y es que las naciones son como el pan, que es sólo es verdadero pan cuando no se le saca de su temperatura adecuada. Pues la misma masa, a mayor temperatura, se cora cruda y es apetecible antes de meterla en el horno, y es un montón de cenizas si se la deja demasiado en él. El problema se reduce a encontrar un justo equilibrio entre la soberanía y la super-soberanía. Lo cual, inmediatamente, plantea la cuestión vital de dar, dentro del organismo supuestal, una posición tal a los Estados menores que éstos no se sientan amenazados por las grandes potencias, y de encontrar para éstos un sistema tal de garantías, que ellos no puedan empujar al mundo a un nuevo desastre como el que ahora padecemos.

Este punto, que es el fundamentalmente político y el más difícil de resolver en la práctica, acaso no de la misma manera de frente y en toda su plenitud. Acaso fuera preferible dejarlo en una generosa confederación de buena voluntad entre los Estados y de mutuo y general auxilio cuando quiera legítimamente pedir el cumplimiento de un contrato que, al abarcar a todos los pueblos, los someta

rentes a otros aspectos de la cuestión (cooperación económica, administrativa, etc.), pero que la necesidad de un plan es innegable y el peligro de abuso mucho menos grave.

Se dirá que muchas guerras y conflictos políticos surgen precisamente de choques en asuntos administrativos y económicos. Es verdad; no es posible pregonar una panacea universal. Pero si, mediante el hábito de la cooperación técnica, se logra acostumbrar poco a poco a los pueblos y a los gobiernos a no incurrir en ofensas a la dignidad nacional al discutir sus problemas y a no considerar tal discusión como un agravio, sino como una dificultad que debe resolverse entre varios, se habrán evitado muchas ocasiones de conflictos armados. Los hombres civilizados reconocen que no hay ofensa en el desacuerdo de opiniones o de intereses y que la conciliación es la mayor virtud cuando las miradas que se oponen son igualmente humanas. Pero los Estados civilizados no siempre lo reconocen así, y demuestran una actitud de barbarie que equivale a decir: "El que no me teme, me ofende". Hay que trasladar este punto de vista, propio de edades atrasadas, de modo que los Estados (y singularmente las grandes potencias, que son las más inclinadas a la soberanía), no se crean en "baja" o "alta" posición por salir con la aya. Si el espíritu de sacrificio nada se lograra. Y entiéndase bien: el mayor sacrificio corresponde a los Estados más fuertes.

Además, el plan debería prever las transformaciones que la experiencia y la marcha misma de la vida voyan aconsejando, mediante reuniones periódicas que tengan el carácter de asambleas superconstitucionales. Se trata de un magno ensayo que la humanidad intenta por primera vez, y el establecimiento desde ahora sobre bases inconmovibles en todos sus detalles conducirá a un seguro fracaso. Los estadistas llamados a resolver tan ardua cuestión deben defenderse del demonio de la soberanía, consagrarse que saben poco y que ellos mismos

noles con una red de acuerdos relevantes a someterse a un aprendizaje progresivo.

Extraer aquí en mayores detalles sea imposible. Considérese, por ejemplo, el difícil extremo relativo a la relación entre vencedores y vencidos y a las estipulaciones penales, exigidas por la dignidad de los países vencedores y a las responsabilidades de guerra, como los responsables del desastre del mundo. Este extremo acarrea consigo una serie de matices y graduaciones desde el castigo puro y simple, pasando por la obligación de las restituciones debidas, y tan cabales como sea posible, hasta la reducción evolutiva de las juveniles y a las masas beligerantes. Entre estas juveniles y estas masas hay, sido desviada ahora del sentimiento normal de la especie por la consciente modelación guerrera a que se las ha sometido y por el efecto inductivo de la práctica bélica. Todo lo cual deja en el ánimo de los pueblos lecciones seculares, odio latente y un sinnúmero de extravíos morales y perturbaciones intelectuales. Pero, para reconstruir a algunas naciones desde los cimientos psíquicos y físicos. A otras, simplemente, hay que aliviarlas. A otras, finalmente, hay que inculcarles el sentimiento de un nuevo honor: la misión tutelar, y siempre solidaria, de la justicia en el tiempo. Este sólo ejemplo basta para apreciar el carácter movible y adaptable del plan soñado, el que se debe de ver de la cubrir la realidad y ser de veraz eficaz.

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, temer y hacer crecer en igual facultad los tres tipos de valores: las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Pero eso la cultura es, en esencia, una coordinación cooperativa: lo mismo, los puentes y túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los bienes físicos o intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se dejó que los distintos pueblos marchen de acuerdo.

Semejante falta de acuerdo introduce obstáculos y coeficientes de interferencia que transforman la historia en una ciega carrera por el espacio, en nuestro enemigo, y hay que ponerle sitio por todos los medios a nuestro alcance. El plan universal ha dejado de ser químico para una parte lo mismo de lo físico. Tal organización humana es, prácticamente, com-

Escritor, educador, diplomático y crítico literario, es Alfonso Reyes una de las figuras más ilustres de México y de América. Distinguiéndose por una claridad que dibuja en un concepto de filología y lingüística, sus voluminosos escritos han sido traducidos en muchos países. Es ahora rector del Colegio de México, en donde con otros distinguidos ha ido promoviendo la necesaria atención a los problemas de la enseñanza. Su carrera educativa empezó en 1912, como secretario de la Escuela de Estudios Superiores. Ha sido embajador mexicano en España, Francia, Brasil y México, y se le han sido confiado numerosas misiones diplomáticas en varias partes del mundo. Ha sido delegado oficial a muchos conferencias internacionales de paz, culturales y científicas y de asuntos mundiales, y ha representado a su país en la Liga de las Naciones. Es miembro del Comité de Cooperación Intelectual que recientemente, en sesiones en los Estados Unidos del Norte, estableció un centro permanente en La Habana. Este artículo lo llegó a nuestra redacción por intermedio de Waldemar Press.

pleta. El "campo histórico" de que habla Toynbee es tan minúsculo para la tierra primitiva, pequeño para la Polis griega, limitado por el Imperio Romano y aun para el Eucumen Cristiano que lo sucedió. Pero hoy el campo histórico, nuestro campo de labranza, es ya planetario.

Los productos aprovechables —materiales o espirituales— no se dan igualmente en todos los sitios y en todos los tiempos, e igualmente que hace falta coordinar y distribuir la producción humana, es de suerte que a todos aproveche. Mientras en una región se quemen los efectos agrícolas para mantener los precios, cuando en otra hay poblaciones que perecen de hambre; mientras las regulaciones aduanales secan incompatibles a su vez a otro lado de la misma frontera; mientras existen conflictos de derecho internacional por falta de un código que prevenga los desajustes de unos y otras leyes internas; mientras las corrientes internacionales puedan ser consideradas como una amenaza; mientras los empresarios de guerra demoran la facultad de esconder los beneficios de algún invento para no arruinar su lucro inmediato; mientras los literatos y los canalizadores se codocen en los mismos callejones; mientras todo esto acontece, ni siquiera podremos jactarnos de haber alcanzado la grandeza del sueño de Alejandro, de haber unificado a los reinos, pueblos y razas, aquello "homíonoi o humanidad unificada que con tanta razón sedujo a los antiguos estoicos.

Nada nos costaría preguntar, a nuestros días, algunos tipos posibles de coordinación económica, administrativa, cultural, trazando las líneas generales de sendos institutos que concentraran y repartieran la acción de todos los Estados y de las naciones respectivas. Ello, desde luego, significaría una completa reforma de la diplomacia, la cual todavía está en pedruzcos y apenas ocupa una parte ínfima de su territorio. Tal organización operaría en vastas proporciones, equilibrando el cambio de artículos

indispensables, conciliando preceptos que no deben estar en oposición de uno a otro cabo del planeta, o intensificando y resolviendo las necesidades servicios del arte y la ciencia.

Como, además, de la mejor distribución del bien general —aspecto positivo—, hay que evitar la guerra —aspecto negativo—, indispensable para poder montar una máquina de derecho internacional que sume todos los principios conquistados y establezca los tres recursos sucesivos de la conciliación, de la resolución por la justicia internacional, y finalmente de la conquista. En suma, semejante al "Código de la Paz", elaborado por varios juristas mexicanos y el autor de estas líneas, y presentado por México, a modo de tema teórico para el estudio y la reflexión de los gobiernos continentales, en los últimos congresos de la Unión Panamericana. Si entonces el proyecto sólo podía proponerse como tema teórico, hoy los acontecimientos posteriores parece que lo hacen más viable.

Para el dibujar aquí este plan de conjunto escapa o nuestro propósito inmediato, que es precisamente el mostrar la movilidad de un sistema en marcha, sistema que admite en su seno todas las sugerencias útiles, y se inicia pública o privada.

Lo que ante todo importa es educar la fe; recordar al escéptico que muchas cosas que ayer parecían quiméricas son hoy realidades; recordar a todos, y de todos, y convencerlo de que lo mismo puede pasar mañana. La gente de pluma debería consagrar si quiera una parte de su trabajo a esta función de incrustación espiritual, o sea "psicología" o conducción de la mente.

No dejemos que la desesperanza nos invada, porque entonces habrá perdido todo el sentido de la vida humana, moral y a la dirección de otro mundo mejor dotado. No permitamos que el porvenir quede entregado a la desesperación y a la violencia, fuerzas negativas que pronto conquistarán con los hombres. Hay que predicar —por encima de todas las distancias

A L F O N S O

R E Y E S

La Mujer y la Pintura

El arte fue durante largas décadas un trabajo de varones. Los pinceles crearon su mundo de color olvidados de manos femeninas. Elisabeth - Louise - Vigée - Lebrun es un nombre que florece solitario no hace aún doscientos años. Hoy la mujer ha conquistado, por derecho propio, un puesto notable en la plástica, y para darle su ya desconocida luz combata de Rosa Bonheur, Marie Laurencin, Suzanne Valadon.

En nuestra América latina hay una pléyade que cada día presenta nuevos y más destacados valores. Frida Kahlo y María Equihua en México; Julia Codolito en el Perú; Anita Cortés (de obras suyas acompañan estas líneas), Marta Villanueva e Inés Puyo en Chile; Rosal Fornier, Gertrudis Chelc en la Argentina, nos muestran sus talentos singulares, promisorios aires, realidades otros, que se sueñan en inconfundible marea compartiendo con el hombre la difícil tarea de transmitir la emoción a través de la línea y el color.



Retrato de María. — ANITA CORTÉS



Naturaleza muerta. — ANITA CORTÉS

teológicas en cuanto a la proyección sobrenatural de la vida humana — algo como una religión terreste, que nos despierte al sentido ético de nuestra misión natural. Ayuden todos los sacerdotes, todos los hombres de buena voluntad, todos los que usan el arte de hablar y de escribir.

En esta reconstrucción del mundo, incumba a nuestros Américos un papel importante. Y esto, no sólo porque Europa, nuestra venerable y común maestra, saldrá de la guerra como un soldado herido, necesitado de auxilio y vendajes en tanto que vuelve a recobrar la salud, mientras que nosotros vamos saliendo de la guerra mucho menos maltrachos. Hay algo

más, para la reconstrucción del mundo, que ha de operarse sobre una base de entendimiento internacional, nuestras Américas cuentan con la ventaja de su propia tradición, tradición que las ha crezado en una visión internacional de las cosas.

En efecto: todas nuestras trayectorias confluyen en esta dirección de internacionalismo. Nuestros pueblos son hijos de mescas raciales y nacionales diversas, y han probado por sí mismos la posibilidad de fundir en su crisol varios elementos. Además, el común denominador libre en media América, y el común denominador anglosajón en la otra media América, han permitido, en nuestros dos orbes

respectivos, una comunicación mucho más fácil y mucho menos cohibida por la preocupación de lo nacional y lo extranjero que en el tablero de las recolecciones naciones europeas. Entre las dos personas del diálogo americano, hay divergencias obvias: la libertad es entendida en el Norte como lealtad jurídica, con sacrificio de la persona; y es entendida en el Sur como cosa individual, privada y casera, con indiferencia para la lealtad jurídica. La cultura, en el Norte, está dominada por un afán de coordinación de materiales y de nivelación media; mientras que, en el Sur, está dominada por un afán de interpretación apresurada, donde no hay nivelación posible entre las personalidades sobresalientes y el bajo pueblo. Pero a pesar de estas divergencias, llamadas a corregirse mutuamente por el contacto, y aun a pesar de los errores pasados en las relaciones del Norte con el Sur, las últimas experiencias demuestran la posibilidad de la comprensión y la amistad, y estas serán todavía mayores cuanto más se las solicite y se las eduque.

Añádase a esto que en el Nuevo Mundo llevamos más de medio siglo de cooperación panamericana, ya sea mediante organismos oficiales o institucionales, ya por el efecto natural de la vecindad entre nuestras respectivas naciones. Aun antes de que existieran entre las cancellerías potentes especiales como los de estos últimos años, los agoreros a cualquier país del continente han repercutido de modo espontáneo, y como reacción de la naturaleza, en los demás países. Así, la intervención francesa en México puso en guardia lo mismo a los Estados Unidos que a las distintas repúblicas platinas y andinas. La solidaridad latente no es, pues, argumento político de oportunidad, sino un hecho real y de siempre.

Por último, la misma circunstancia negativa de que hayamos sido mucho tiempo pueblos de cultura colonial o importada, nos adiestró para buscar fuera de nuestras fronteras los elementos indispensables a nuestra representación del mundo, sin que hayamos perdido esta agilidad, como las viejas culturas europeas y americanas, a través del día de reclutarse dentro de su muralla china. El americanismo medio conoce a Europa mucho mejor que el europeo medio a nuestras Américas. Cuando salimos de nuestros países, los americanos como menos extranjeros que el europeo en tierra ajena.

Todas estas circunstancias nos capacitan para el entendimiento internacional, tarea que no muy pronto será nuestra incumbencia histórica y la de nuestros hijos, a quienes tenemos que legar un mundo mejor.

Asistencia Médica Popular

Director: Dr. M. MARTÍN FERNÁNDEZ

CUERPO
MÉDICO

Dr. ATILIO BERLINGIERI
Dr. LEON ARENDAR
Dr. ACOPIO F. MURILLA
Dr. ALBERTO ARENDAR
EVA V. DE GARCÍA (obstétrica)

INSURANCE

U. T. 34 - 881

BUENOS AIRES

PIEDRAS 756

Dr. Edgardo Casella
ODONTOLOGO

Especialmente cirugía dental
maxilar

Consultas:

CALLAO 433 — Piso 2°.
U. T. 35 — 5187

Martes, jueves y sábados
de 15 a 19 horas

Avda. DIRECTORIO 2948
U. T. 63 — 7856

lunes, miércoles y viernes
de 15 a 20 horas

Dr. Manuel Martín
Fernández

MÉDICO

CONSTITUCION 587
U. T. 744 - 7863

San Fernando

F. C. C. A.

Dr. JUAN LAZARTE

MÉDICO

SAN GENARO

F. C. C. G.

Dr. Enrique U. Corona
Martínez

ABOGADO

LA VALLE 1268
U. T. 35. Libertad 3853

R. LOTITO

GINNASIA MEDICA - MASAJES

Días: Martes, Jueves y Sábados

COSTA RICA 4418
— U. T. 72 - 4348 —

Eva Vivé de García

PARTERA

Consultas todos los días de
14 a 20 horas

JUJUY 1240

U. T. 45-4009

Dr. LEON ARENDAR

MÉDICO

PÁVON 3788
U. T. Landa 241-108

LANUS

F. C. S.

FERRETERIA

"EL PINCEL"

DEL MÉDICO HNOS.

Presenta la mejor variedad en papeles pintados
IMPORTACION DIRECTA

RIVADAVIA 5712

Unión Telefónica 60 - 3024

Arte - Arte - Arte

Única Revista de Plástica Argentina

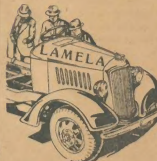
Fidela en librerías,
puestos de venta y
en la administración

LA COMUNA 3127 — U. T. 53-8443

EL EJEMPLAR 0.50 ctva.

Arte - Arte - Arte

ACADEMIA DE CHOFERES "LAMELA"



MANEJO - TECNICA Y REGISTRO, \$ 50.—

Rápidex - Facilidades
AUTOS PARA EXAMEN

DIAZ VELEZ 4772

U. T. 80-7948 y 0103

"CASA ARIAS"

de ARIAS y RODRIGUEZ

Gran fábrica instalada de pasteles alimenticios y repostería
MAYO esquina MENDOZA - Telef. 214 - (CORRIENTES)

UN HOGAR PARA NATURISTAS

Alimentación compatible
Clima seco y benigno durante todo el año

Alvaro Pamies. - Granja Iris

LA CUMBRE

CORDOBA

HOMBRE DE AMÉRICA

F U E R T E Y L I B R E

AÑO V

NOVIEMBRE DE 1944

Nº 25

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 133661

NOMINA DE COLABORADORES

P O R O R D E N A L F A B E T I C O

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brumet — Antonio J. Buchi.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossetini — Darío Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Diaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Felchetti — Luis Fernández Zapate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni.

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Victor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josua Hochstein. (Estados Unidos).

Dr. Juan Lázarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Mariano Aurelio Martínez (Perú) — Ing. Aquiles Martínez Civelli — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odona — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Fétetlin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roque.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. João da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Andrés Townsend Ecurra — Jacinto Toranzo — Prof. Victor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — A. Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Rodrigo Bonome — Cambior — Carybé — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzó — Emma Jauch — Kras — Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmes — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: "A. CUPIT"

Redacción y
Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia
debe ser dirigida a nom-
bre de A. CUPIT. Citos
y toda clase de valores
a VICENTE-CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: \$ 350
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expresados en los trabajos enviados, que se publican con acuerdo exclusivo, manifiesta a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio anunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, de clara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

Se autoriza la reproducción parcial o total de los trabajos publicados, con la mención siguiente: "De la revista HOMBRE DE AMERICA".

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 1425

Impreso en Argentina
Printed in Argentina